25 años de sangría

Francisco José Pérez Bravo «El Bolo»

Mi niñez la viví en la Calle Celada. Para mí, el barrio de la paz fue mi barrio de la infancia. Todos mis amigos vivían allí, todos mis juegos los disfrutaba allí y todas las vivencias de mi infancia transcurrieron allí.

Pero había algo que siempre esperaba con muchas ganas: poder subir a casa de mis abuelos en la Calle El Cid. En esa calle tenía nuevas sensaciones, me brindaba nuevas experiencias y mas vivencias para esa esponja que es nuestra vida.

Era la misma ciudad, pero todo era diferente. El aire olía a tranquilidad, la montaña a un paso, la calle sin tráfico, el olor a humo de los hogares, el sonido de las golondrinas, la gente sentada en la calle, las vecinas que pasaban de una casa a otra sin pedir mas permiso que el nombre de quien allí vivía, y tantas y tantas cosas que no puedo olvidar.

Mi hermano y yo jugábamos en la calle sin que el paso de algún coche nos molestara, subíamos a la montaña a jugar, las vecinas nos daban caramelos o "helados de bolsa" a cambio de un estirón de mofletes, íbamos a la tienda y nos decían los nombres de nuestros abuelos y padres. Como digo, todo era diferente.

Pero lo que más me gustaba de subir a casa de mis abuelos era que cuando los días se volvían mas calurosos, cuando nuestros padres nos decían que nos fuéramos preparando para volver al colegio, en ese momento, estaban cerca las fiestas.

Esos días mi familia hacía las maletas y se trasladaba a la Calle El Cid. Ese momento parecía de despedida entre mis amigos de la calle Celada, como si nos fuéramos de vacaciones o a vivir a otra ciudad. Y es que nunca olvidaré el comentario de todos los años de mi padre: "Nos vamos al chalet de las cruces".

Para mí, que las fiestas llegaran, hacía más especial si cabe el subir a casa de mis abuelos.

El olor a planchado, a raso, la noche del día cuatro con mi abuela ultimando los detalles de los trajes, la camisa de Moro Viejo que tanto se me pegaba al cuerpo y tanto me molestaba, los aperos de la fiesta, los "almendraos" caseros, los desfiles junto a mi hermano, el sufrir cuando se me "abrían" los pies por los desfiles, tantas y tantas cosas que hacían que para mí estar en la Calle El Cid fuera algo diferente y especial.

Por supuesto, todos estos detalles ya eran de por sí especiales y únicos en mi vida y en todo lo que durante un año normal ocurría. En 1985 , el hermano de mi padre tuvo una idea que iba a hacer más especial nuestras fiestas en la Calle El Cid, nuestra vida en fiestas. Ese año, el hermano de mi padre fue Capitán de los Moros Viejos y tuvo la brillante idea de aprovechar la cercanía de la casa de mis abuelos al castillo, para invitar a todos los socios de la comparsa que acudían a la embajada del día 6 a una sangría y a un pequeño aperitivo.

Todavía recuerdo ese día 6, aunque después de tantos, debo de reconocer que no sabría diferenciar el de un año o el de otro. La calle llena de Moros Viejos, la banda tocando, el carro de la Mahoma donde todos los niños nos subíamos, la alegría, el jolgorio, las ganas de fiesta y de disfrutar.

Pasado ese año, y viendo la gran acogida de los Moros Viejos a este aperitivo, mi padre y su hermano decidieron convertirlo en una tradición, y llevados por la ilusión del primer día 6 continuaron ofreciéndolo.

Ya era "el día 6 en casa de Los Bolos".

Todo eso hacía que, para mí, estar en casa de mis abuelos, en la Calle El Cid, fuera lo más increíble y deseado del año. No voy a ocultar que como a la mayoría de las personas, en algún momento nos gusta ser el centro de atención, y ese día mi hermano y yo lo éramos entre todos esos Moros Viejos.

– ¿Tú que eres, el Bolico? (¡PLAS!, cachete).

– Este es el mayor del Paco. (¡RAS!, estirón de orejas).

– ¡Nene, que llevas la faja mal "ata"! (¡FUS!, estirón de las borlas y casi quedaba sin respiración).

– ¡Joder qué cabeza tiene este, si no le cabrá el gorro! (¡PLAS!, cachete).

Si actualmente dar un cachete a un niño es motivo de denuncia, e incluso de pena de cárcel, a todos esos Moros Viejos les hubieran fusilado esa misma tarde en la plaza de Santiago... pero qué bonito era ser conocido y ser el centro de la atención de todos. Era esa día cuando mi hermano y yo nos dábamos cuenta de que éramos "Bolos", ni Rafa, ni Francisco, éramos "Los Bolicos".

Los años pasaban, ya éramos nosotros los que dábamos cachetes a los Moros Viejos, comenzábamos a vivir de primera mano el trabajo que conllevaba preparar todo y la responsabilidad que teníamos contraída, y de forma voluntaria y gustosa, con nuestra comparsa.

No voy a negar, que como a la mayoría de jóvenes nos ha gustado frecuentar las verbenas y trasnochar en fiestas; hablando claro: pillar buenas borracheras, ir a la Troya y tocar aquí y tocar allá. Pero la noche del día 5 al día 6 era más floja para nosotros porque el día 6 había que preparar la sangría.

Bueno, seré sincero, en lo que a mí se refiere, más de un día 6 he "empalmado" y hemos preparado la sangría. ¡Qué leche!, seré mucho más sincero porque alguien me sacará los colores, que algún día 6 he llegado a casa, he intentado abrir la puerta y la llave no entraba, que he tenido que coger carrerilla para meterla en la cerradura y que incluso mi vecino "El Chato", D.E.P., me decía sin poder parar de reír:

– Francisco, ¿te "tengo" la puerta para que no se vaya?

Pero a pesar de todo, ahí hemos estado y siempre hemos cumplido con nuestros Moros Viejos.

Los años fueron pasando y cada día 6 era el día más especial de nuestras fiestas en casa de mis abuelos.

Pasado el tiempo, y por circunstancias que prefiero olvidar, la casa de mis abuelos dejo de serlo, para ser nuestra casa. Pero a pesar de ese cambio y de que pasáramos el año entero en la Calle El Cid, el día 6 seguía siendo para nosotros tan increíble y feliz como lo había sido siempre. Las personas vienen y van, y lloraremos a los que se van hasta que tengan que llorarnos a nosotros, y como siempre en nuestra vida, en todas las vivencias, en todos los momentos que vivimos, en todos los lugares que visitamos y en todo lo que hacemos, con el paso de los años nos van faltando quienes formaron parte de todo ello.

Recordar el día 6, además de todo lo feliz, es recordar a todas las personas que ya no están y que tanto o mas que nosotros disfrutaron de este día.

Para los vecinos de la Calle El Cid, este día era y es de fiesta y de ayudar a "Los Bolos", y trabajar tanto o mas que nosotros, así que nunca podré olvidar a todas las personas que en algún momento disfrutaron junto a los Moros Viejos de este día tantos años, y es ese disfrutar el que también me hace sentirme feliz, ya que al fin y al cabo, solo nos van a quedar estas cosas y solo les han quedado estos ratos felices.

Nunca podré olvidar a Manolo "el Judas" refunfuñando por el escándalo y a la vez disfrutando del jolgorio. "El chato", con su gorro de moro, con el vaso de sangría y aguantando estoicamente las reprimendas de su mujer que le decía que no podía beber. Como no, y para mí de la forma más importante, a Paco "El Quillo", que fue para mí, padre y amigo. Recordar a Paco "El Quillo" sacando el cubo de la sangría, ayudando como si para él fuera también una obligación estar ahí, discutiendo con mi madre por echar más o menos vino a la sangría, agachado, moviéndola y riñéndome por haberme despertado tarde. No hay día 6 de Septiembre que no entre en la cocina y me parezca verla más vacía sin él allí, sin verlo agachado y con el puro en la boca.

Y por supuesto, la pérdida más importante de nuestro día 6, nuestro padre.

El día 1 de Mayo de 1999, mi padre, Francisco Pérez "El Bolo" falleció. Ese día, no lo comentábamos, pero, ¿a quien de nosotros no se le pasó por la cabeza qué hacer el día 6 sin él?

No voy a descubrir nada nuevo a nadie si digo que mi padre era un Moro Viejo de los pies a la cabeza, un festero de pro, era la fiesta. Ni siquiera su enfermedad y su minusvalía le hicieron perder las ganas de vivir sus fiestas y su día 6, y por él, y para él, continuamos con la tradición.

Ese día 6 fue muy duro. Los meses anteriores fueron de dudas, de preguntas sobre si era correcto celebrarlo, pero en memoria de mi padre y como él hubiera deseado, cogimos el toro por los cuernos y decidimos seguir hacía adelante. El día 6 de ese mismo año 1999, el primer día 6 sin él, la banda de Quatretonda, y gracias a la inestimable colaboración de miembros de la peña "La Mochila" y de la agrupación musical Ruperto Chapi, y como principal impulsor "El pingüino", tocó por primera vez el pasodoble "Los Bolos", dedicado a mi padre y a su hermano, y compuesta por Vicente Fayos Bravo.

Recuerdo ese momento, mi hermano, mi madre, el hermano de mi padre y yo abrazados, escuchando el pasodoble y sin poder contener las lágrimas, y como, sin casi aliento, dije las palabras que en ese momento me vinieron a la cabeza:

– Todo el mundo a disfrutar y a seguir viniendo muchos años, porque él así lo hubiera querido.

Y la gente se lo tomó en serio, porque desde ese día hay muchísimos Moros Viejos, y no Moros Viejos, que no se pierden un día 6 en casa de "Los Bolos".

Cada año, son más las personas que deciden venir a pasar este día con nosotros, Moros Viejos, y para alegría nuestra, festeros de todas las comparsas, Villeneros en general y gente de los rincones más diversos de este mundo. Aprovecho para invitar a todo aquel que quiera pasar un buen rato, a que el día 6 y después de la embajada, venga a la casa de "Los Bolos" en la Calle El Cid, aunque no es necesario que dé la dirección, solo con seguir a la banda de los Moros Viejos, tendrá fiesta, sangría y el mejor de los ambientes.

Ya han quedado atrás los 35 litros de sangría de los primeros años, ahora son alrededor de 80 litros los que preparamos, y puedo asegurar, que los últimos años sobran muy pocos. Años atrás, y cuando "deserté a medias" de los Moros Viejos, era la que fue mi fila, la "Fila el Altramuz" de los Piratas, la que daba buena cuenta del "solaje" y de mucho más. Ese día, y antes de la cabalgata, la bebida única y oficial era la sangría que había sobrado en casa, y recuerdo que hasta que no se le veía el final al cubo no nos bajábamos al "portón", y si se hacía tarde, llenábamos botellas de plástico y los Piratas, antes de salir, a beber sangría.

No puedo olvidar en este artículo a todas las "señoritas" o "camareras" que año tras año nos deleitan con su agradable compañía. Estas "señoritas", 72 años la más joven, son las vecinas, que el día 6 a las 3 de la tarde ya están aporreando nuestra puerta para ayudarnos como si para ellas fuera la mayor obligación del año. Nuestra Gloria, nuestra Magdalena, nuestra Virtudes y nuestra Catalina, que preparan de forma ordenada y casi mecánica todos las viandas y la sangría, y dan estoicamente, a pesar de las carantoñas, besos y apretones de los visitantes, de beber a nuestros sedientos amigos. Y es que haga frío o calor, quien nos visita decide refrescarse con la sangría, y hay más de uno que baja de nuestra casa con "los pies redondos" y sin aclararse, pasadas las horas, para vestirse y salir en la cabalgata.

Anécdotas, hay miles. Desde el año en que la comparsa se dejó el carro de la Mahoma en la calle y nuestro amigo Toni Fillols lo recogió y lo llevó a la comparsa, no sin antes dejar que el pánico cundiera entre los encargados de su transporte. Los extranjeros que pensaban que había sangría todos los días de fiestas, siguiendo las indicaciones de algún "mala idea", y que subían el día 7 con más compatriotas a disfrutar de la juerga. Moisés imitando a la Mahoma y bajando la calle El Calvario subido en el carro. Los bailes subidos de tono de más de un músico y, por supuesto, las dos piezas que son ineludibles ese día y que por petición popular se tocan, el pasodoble "Los Bolos" y la canción de "La P... madre que parió al Moro".

Incluso el año pasado, y gracias a la petición de Diego "El Bajonista", fiel seguidor de nuestra fiesta del día 6 y miembro clave de su cuadrilla que nunca

falta, nos visitó la comparsa de Piratas, mi otra comparsa, que nos ofreció "La Morenica" y unas salvas de arcabucería que no deleitaron mucho a mi madre. Gracias Diego.

Sobre las personas extranjeras que nos visitan, es caso aparte, ya que disfrutan como el primero de los festeros allí presentes. Nos han visitado ingleses, alemanes, estadounidenses, franceses, portugueses, canadienses, brasileños, suecos e incluso yeclanos.

Son tantas y tantas las personas que año tras año nos visitan, que no voy a nombrar a ninguna, ya que sentiría mucha vergüenza si olvidara a alguien y jamás me lo perdonaría. Para mí es una alegría, y es lo primero que hago todos los días 6, pasar lista de forma mental de todas y cada uno de las personas que no faltan a su cita con nosotros. Miro, remiro y doy las vueltas que hagan falta para ver que están todos. Y ojo, a quien no está, le busco todas las fiestas para decirle que le he puesto falta y echarle la reprimenda.

La mayor ilusión de las fiestas es poder abrazar y saludar a todas las personas que ese día nos visitan, comentar qué tal ha ido el año desde el último día 6, saber de la familia, de sus cosas, ver que ellos sienten ese cariño y lo devuelven con creces. Sin ellos las fiestas no serían lo mismo.

Vaya desde aquí el más sincero agradecimiento a todas las personas que año tras año están aquí y hacen de esta fiesta y de la sangría el mejor momento de nuestras fiestas, y queden por enterados tanto ellos, como todas las personas de este mundo, que seguimos aquí cada día 6 para ofrecerles todo lo que puedan querer.

No quiero perderme, aunque creo que me he perdido desde la primera línea, ya que el principal motivo de este artículo es compartir con todos los lectores del Día 4 Especial nuestro 25 Aniversario ofreciendo a Moros Viejos y visitantes el aperitivo del día 6. Parece que fue ayer, pero ya son 25 años los que tenemos el gusto de pasar un buen rato con todo aquel que nos quiere visitar.

Han pasado los años pero seguimos con la misma ilusión que aquel lejano día 6, las discusiones sobre las cantidades de la sangría, las compras de los primeros días de Septiembre, los nervios del día 6 por la mañana, los imprevistos de última hora y todo lo que hace de un día 6, nuestro día 6.

Por supuesto falta gente, han fallecido partes importantes y por otras razones, faltan personas que aun habiendo sido parte primera y parte importante, han considerado que este ya no era su día 6. Tengo que manifestar que aquí jamás se han cerrado puertas y que siempre han estado abiertas para quien ha querido estar, ha querido recordar o ha querido olvidar y perdonar y sobre todo, ha sabido considerar que era un día 6 en casa de "Los Bolos", que implicaba y que unía desde ese lejano día 6 de 1985.

No quiero olvidar a quien no quiere vivir, o dejar vivir a quien quiera vivir este día 6, y sobre todo a quien tenga que vivirlo por ser "Bolo". Para esa persona, sepa que aquí estamos y siempre puede estar.

Valga este artículo para lanzar la pelota a otros tejados.

Como he dicho, falta gente, pero también viene otra gente, y es que estoy deseando ver a mi sobrino Joel y a mi sobrino Jorge moviendo la sangría, quejándose de que el hielo esta muy frío, sacando bandejas de aperitivo, pidiendo disculpas por llegar tarde y con resaca, recibiendo los cachetes y estirones de oreja que su padre y yo recibíamos, emborrachándose de la fiesta y sobre todo... VIVIENDO UN DÍA 6 EN CASA DE "LOS BOLOS".

Gracias, mil gracias de nuevo a todos los que hacéis posible que cada nuevo día 6, sea el mejor día 6 de nuestras vidas, por que lo vivamos con la misma ilusión y por poder teneros allí. Por vosotros, por nuestro y vuestro día 6 y por mil días 6 más.